ANTOLOGIA

COMO en el toque se conoce el oro,
y en la necesidad el buen amigo,
el gallardo caballo en el castigo,
el león herido, y en la plaza el toro;

la honra en el agravio y el decoro,
el vencedor valiente en su enemigo,
el culpado inocente en el testigo,
el dolor en las quejas y en el lloro;

en su lengua mordaz el envidioso,
y el avariento rico en sus desvelos,
en su pobreza vil el perezoso;

la inocencia del pez en los anzuelos,
la enfermedad en no tener reposo;
así quien ama, en los ajenos celos.

[*Los celos.*]

¡QUÉ de inútiles, que viven
a la sombra de los buenos,
que los gastan poco a poco
como las hiedras al fresno!
¡Qué de hipócritas, que roban
honras, famas y dineros,
con unos ojos hundidos
de pensar malos intentos!
¡Qué de engaños que han medido
con las varas de sus dueños!
¡Qué de señores con deudas,
qué de señoras con deudos,
qué de haciendas razonables,
qué de dotes de otro tiempo,
resueltos en pasamanos
de una basquiña o manteo!

(De un *Romance sobre lo que es la Corte.)*

SI vas a conocer un gran poeta,
¿qué señas llevas tú, Leonido hermano?
¿Ha de ser alto o ha de ser mediano?
¿Ha de andar a la brida o la jineta?

¿Ha de ser texto o ha de ser receta?
¿Ha de hablar bergamasco o castellano?
¿Ha de ser barbinegro o barbicano,
lampiño Alexis o barbón Dameta?

Tú, que tan sabio en todas artes eres,
que sepa este secreto me permite,
y algunos te diré, si me le enseñas.

Silvio, si conocer poetas quieres,
a las obras impresas te remite;
que aquéllas son las verdaderas señas.

[*Señales del poeta.*]

HÉRCULES de Alcumena giganteo,
ganapán de la Grecia musculoso,
con la nudosa clava el escamoso
cuello deshizo del dragón Lerneo.

Pero saliendo muchos, su trofeo
no pudo ser tan presto victorioso,
como en la muerte de mi amor celoso
nuevo principio nace a mi deseo.

No temo a las desdichas conocidas;
que a sierpe que produce más cabezas
en daño propio se le dan heridas;

y mis desdichas son como cerezas,
que voy por una, y de una en otra asidas,
vuelvo con todo un plato de tristezas.

[*Desdichas en el amor.*]

CUANDO Carlillos, de azucena y rosa
vestido el rostro, el alma me traía,
contando por donaire alguna cosa.

Con este sol y aurora me vestía;
retozaba el muchacho, como en prado
cordero tierno al prólogo del día.

Cualquiera desatino mal formado
de aquella media lengua era sentencia,
y el niño a besos de los dos traslado.

Dábale gracias a la eterna ciencia,
alteza de riquezas soberanas,
determinado mal a breve ausencia;

y contento de ver tales mañanas,
después de tantas noches tan oscuras,
lloré tal vez mis esperanzas vanas;

y teniendo las horas más seguras,
no de la vida, mas de haber llegado
a estado de lograr tales venturas,

íbame desde allí con el cuidado
de alguno línea más, donde escribía,
después de haber los libros consultado.

Llamábanme a comer: tal vez decía
que me dejasen con algún despecho;
así el estudio vence, así porfía.

Pero de flores y de perlas hecho,
entraba Carlos a llamarme, y daba
luz a mis ojos, brazos a mi pecho.

Tal vez que de la mano me llevaba,
me tiraba del alma y a la mesa
al lado de su madre me sentaba...

(Hablándole de su hijo *Al Doctor Matías de Porras, corregidor y justicia mayor de la provincia de Canta en el Perú.)*